

Las nuevas generaciones en las políticas de la memoria. Reflexiones a diez años del Programa Jóvenes y memoria. Recordamos para el futuro

Diego Díaz¹
Samanta Salvatori²
María Elena Saraví³
Macarena Ordenavía⁴
Sandra Raggio⁵

Resumen:

El Programa “Jóvenes y memoria” está transitado su décima convocatoria destinada a estudiantes secundarios de la provincia de Buenos Aires para que investiguen el pasado reciente de sus comunidades. En estos años han sido miles las historias narradas por los jóvenes. En un esfuerzo por sistematizar y reflexionar sobre la experiencia la ponencia se detiene a analizar de qué manera la intervención de las nuevas generaciones provoca la emergencia de nuevos relatos, tanto sea habilitando nuevas voces como generando nuevos puentes de significado entre el pasado y el presente. Desde las temáticas elegidas para investigar hasta las modalidades del discurso a través del cual dan cuenta de lo investigado pueden advertirse nuevas narrativas a las ya canónicas. Las novedades no sólo se sitúan en el plano del discurso dicho sino en las prácticas que emergen desde los jóvenes, impulsando intervenciones en el espacio público de sus comunidades locales.

¹ Lic. Comunicación social. UNLP. Comisión por la Memoria.

² Lic. Sociología. UNLP. Comisión por la Memoria.

³ Prof. En Historia. UNLP. Comisión por la Memoria.

⁴ Lic. Comunicación social. UNLP. Comisión por la Memoria.

⁵ Prof. En Historia. UNLP. Comisión por la Memoria.

Las nuevas generaciones en las políticas de la memoria. Reflexiones a diez años del Programa Jóvenes y memoria. Recordamos para el futuro

En una ya célebre conferencia en París, Yerushalmi distinguía, citando a los griegos, entre *mnemne* y *anamnesis*. Mientras que la primera, decía, refiere al relato transmitido sin interrupciones entre las distintas generaciones, como parte del *continuum* identitario y por tanto inmune al olvido, la segunda se vincula con el trabajo de recuperar del olvido lo no transmitido en la cadena intergeneracional. Se trata de la reminiscencia.

Una de las consignas que unifican a las políticas de la memoria, -ese conjunto de iniciativas que distintos agentes proponen en torno a la elaboración social de las experiencias pasadas-, es sin duda el mandato de lucha contra el olvido. Recordar es el sinónimo de no olvidar. La escuela es llamada una y otra vez para cumplir con el mandato. Siendo un espacio público donde acuden las nuevas generaciones a recibir los saberes acumulados por sus antecesores parece ser el lugar más propicio para la transmisión del pasado.

Sin embargo esto no es nuevo para la escuela. La incorporación de la enseñanza de la historia tuvo el propósito de dar a conocer un relato del pasado a los nuevos miembros de la “comunidad nacional”, precisamente en el momento en que se “imaginaban”, en términos de Benedict Anderson o “inventaban” en los de Eric Hobsbwan, las nacionalidades. Desde distintos espacios curriculares – la lengua, la geografía, la historia, el civismo- y diferentes rituales escolares, la escuela estuvo ligada a la transmisión de la *mnemne*, diría Yerushalmi; y así, a la preservación de la identidad nacional.

Las efemérides han sido esa forma de gestión del pasado por parte del Estado. Allí el poder político ha definido qué es lo que se debe recordar y transmitir a las nuevas generaciones desde el mismo momento en que ingresan al sistema escolar. Los actos patrios, que año a año se realizan en las escuelas, junto con los símbolos nacionales que se aprenden a respetar, fortalecen la noción de continuidad de la comunidad a lo largo del tiempo.

Durante mucho tiempo, la idea de nación se fraguó en el mito de una argentinidad definida en términos esencialistas e inmutables.

La dictadura militar llevó al extremo esta apelación identitaria. En nombre de la nación fundamentó el aniquilamiento de miles de personas consideradas “apátridas” y “elementos disolventes de la identidad nacional”. Así, sin quererlo, produjo una ruptura en esta idea de continuidad.

Por otro lado, impuso el silenciamiento de las violaciones a los derechos humanos que el régimen militar cometía en el accionar cotidiano y estableció mediante la censura y el control lo que no se podía decir o contar.

La resistencia que emergió en aquel contexto, principalmente del movimiento de derechos humanos, generó un campo de disputa en torno a aquella apelación identitaria -en tanto instrumento de legitimación de la represión- como así también a la política de silenciamiento y olvido.

La memoria fue así un espacio de oposición al régimen. Las denuncias de lo oculto, la puesta en evidencia de lo clandestino, el testimonio sobre lo silenciado fueron prácticas esenciales de la resistencia. Enunciada en términos de búsqueda de la verdad y luego en el reclamo de justicia, la memoria se hizo presente en aquellos estandartes donde las Madres presentificaban a sus hijos ausentes a través de sus fotografías.

Desde aquellos tiempos hasta el presente la memoria se ha convertido en un espacio de elaboración social de las experiencias del pasado reciente y un espacio de resistencia al borramiento de las violaciones a los derechos humanos.

Los distintos gobiernos democráticos que siguieron a la dictadura impulsaron políticas para redefinir ciertos contenidos curriculares y también rituales escolares de cara a los nuevos imperativos de la democracia. Los derechos humanos fueron definidos como contenidos transversales de la educación e incluso también se generaron espacios curriculares específicos, como es en la provincia de Buenos Aires la materia de derechos humanos en el nivel secundario. La historia reciente es parte de la currícula de las ciencias sociales y en los manuales escolares la temática es abordada con recurrencia. Las efemérides han cambiado. El 16 de septiembre (que recuerda la “Noche de los lápices”), el 2 de abril (que conmemora la Guerra de Malvinas) y el 24 de marzo son parte, desde diferentes momentos, de la secuencia de actos escolares. La situación difiere en cada jurisdicción aunque en ningún caso el tratamiento de estos temas está proscrito ni mucho menos. El contexto actual sin dudas se caracteriza por una fuerte impronta del Estado en la definición de las políticas de la memoria. Tal como lo indica la nueva ley de educación, forman parte de los contenidos curriculares: “El ejercicio y construcción de la memoria colectiva sobre los procesos históricos y políticos que quebraron el orden constitucional y terminaron instaurando el terrorismo de Estado, con el objeto de generar en los/as alumnos/as reflexiones y sentimientos democráticos y de defensa del Estado de Derecho y la plena vigencia de los Derechos Humanos”

¿Cómo ha abordado la escuela estos desafíos? A pesar del quiebre en la transmisión que ha significado la dictadura y los nuevos imperativos de la educación, la escuela aún hoy se sigue debatiendo entre este reconocimiento de la ruptura y las formas más tradicionales de gestión del pasado, donde aún subsisten, sobre todo en los rituales, imágenes de una identidad nacional esencialista, ligada a la afirmación de un territorio, al relato de un pasado épico y a símbolos inmutables. ¿Cómo se transmite entonces una experiencia que no está compuesta por gestas heroicas triunfantes ni recuerda hechos gloriosos?

La transmisión del pasado reciente a las nuevas generaciones convoca a revisar ciertas prácticas y tradiciones y enunciar nuevas preguntas: ¿Cómo se cuenta un pasado que pone en cuestión a la propia comunidad nacional? ¿Cómo se narra el exterminio de un grupo nacional por parte del estado y en nombre de la Patria sin poner en cuestión a la misma identidad? ¿De qué manera se responde ante la inquietante pregunta sobre “cómo pudo suceder” que ya formulara Hanna Arendt refiriéndose a la Shoa?

Los hiatos y silencios que muchas veces se perciben en las instituciones escolares en torno al tratamiento del pasado reciente remiten a estas preguntas. Pues la escuela no habla en nombre de las víctimas sino del Estado y de la propia comunidad, que aún se debate sobre los significados de aquella experiencia. Son preguntas que vuelven sobre nosotros mismos como sociedad, que nos interpelan.

En la escena escolar los maestros y profesores son los portavoces de la transmisión hacia los jóvenes. Deben contar lo que en la casa no se cuenta, lo que en el barrio no se habla, en tanto son quienes han sido delegados por el Estado democrático para cumplir esta función. Aunque haya numerosos agentes estatales o sociales que desarrollan esta tarea, ellos son los que universalizan este deber de memoria o dicho en otros términos, este derecho a la memoria.

Aún así, lejos estamos de formular como sociedad un relato consensuado sobre el pasado, lo cual no es una mala noticia sino una evidencia clara de que somos parte de una

comunidad heterogénea, conflictiva y plural, donde conviven y disputan diferentes identidades sociales y políticas. Sólo un Estado totalitario transmite un discurso monolítico sobre la historia. Por tanto, más allá de un piso común de acuerdo que se base en el reconocimiento de la ocurrencia de ciertos hechos, como la desaparición forzada de personas, la existencia de un sistema clandestino de represión, entre tantos otros, la interpretación, valoración y significación de los hechos será plural e incluso contradictoria. Salvo que abogemos por un uso instrumental del pasado por parte del estado, deberíamos propiciar que así sea. Ya se ha dicho más de una vez que la memoria es un campo conflictivo donde se expresan diferentes sentidos con respecto al pasado, posicionamientos sobre el presente y distintas expectativas de futuro. Así, es un campo abierto que rechaza las clausuras que pretenden superar el daño. El pasado es irreparable y esto es lo que constituye a la memoria en algo inconcluso, provisorio, que fuga de los intentos de poner punto final.

La transmisión del pasado reciente responde a una demanda de justicia más allá de la adjudicación de responsabilidades penales y las condenas a los criminales. Requiere de algo más que saber lo que pasó. Supone un espacio de habla y escucha que no se reduce a la transferencia de un relato. He aquí entonces la relevancia de pensar la transmisión como *anamnesis*, al permanente trabajo de rescate de lo que no ha sido narrado y corre el riesgo de ser destruido. La interrogación es la clave de esta transmisión donde las nuevas generaciones, preguntan con libertad acerca de lo acontecido y lo vuelven actual. La escuela en sí debería ser el lugar de esta indagación profunda, más que del despliegue de rituales y relatos que intentaran suturar las heridas. El daño es irreparable. La memoria, como reminiscencia, será aquel espacio donde el reclamo de justicia por los ausentes siga vigente.

El Programa Jóvenes y memoria para escuelas secundarias⁶, persigue el objetivo de una transmisión abierta a la pregunta y a la resignificación, donde se genere un espacio en que los nuevos miembros de la sociedad puedan apropiarse de la experiencia heredada de sus mayores, como legado y como deuda pendiente. Así grupos de estudiantes proponen un tema de investigación sobre la historia de su comunidad. A partir de sus interrogantes, entrevistan a los protagonistas, escrutan archivos, relevan información y finalmente expresan sus conclusiones a través de un relato que toma distintas formas: una película, una obra de teatro, un mural, un sitio Web, entre otros. En el trabajo de los jóvenes emerge el conflicto, el hiato, lo silenciado, así como también la voluntad de transmitir. El pasado recrea al presente, lo sitúa en la larga duración, hacia atrás y hacia el porvenir. Al mismo tiempo, la historia se reelabora a partir de la mirada retrospectiva anclada en la experiencia del hoy. En cada proceso de investigación los grupos recorren el tiempo, de adelante hacia atrás y viceversa. Vuelven las preguntas que las generaciones anteriores formularon: qué pasó, por qué pasó. El relato vuelve a empezar. Pero las respuestas pueden ser otras, o recrear las que han sido dadas o descubrir el olvido.

Hace diez años la Comisión por la Memoria de la provincia de Buenos Aires lanzaba el programa *Jóvenes y memoria. Recordamos para el futuro*⁷. Lo hacía convencida de la

⁷ El Programa se realiza en toda la provincia de Buenos Aires y está destinado a escuelas secundarias, más información www.comisionporlamemoria.org/investigacionyenseñanza

enorme potencialidad de la escuela para los trabajos de la memoria. No partíamos solo del mandato de recordar como imperativo ético de la educación en tiempos de democracia, sino del reconocimiento del derecho a la memoria de las nuevas generaciones. Es decir, la escuela no como vehículo para la transmisión de un legado sino de apropiación de las experiencias pasadas.

La escuela remite además a un lugar, una comunidad, porque es -al mismo tiempo que universal-, particular y diversa. En cada localidad, grande, chica, urbana o rural, hay una escuela. Las hay atravesadas por la pobreza y también las que asisten a una población próspera económicamente. La escuela es tan diversa como la sociedad misma, como la memoria misma.

¿Cuántas memorias existen sobre la dictadura? Múltiples. Diferentes, complementarias y contradictorias. Los mapas de la memoria no se arman con piezas que encajan en un enorme rompecabezas. Las formas se superponen, disputan por el espacio y la forma final del territorio que comprenden.

La escuela interpelada en su diversidad habilita la emergencia de nuevos relatos del pasado, permite ampliar el círculo de los que recuerdan no solo porque se suman nuevas voces al coro, sino porque se transforma lo narrado, es decir lo que se considera como “el pasado significativo”. Porque la historia de la dictadura está compuesta también por experiencias múltiples, diversas y contradictorias.

La construcción de estos mapas de la memoria es un trabajo de significación que conecta el pasado con el presente y el futuro. Por eso no se trata sólo de pensar qué pasó sino qué nos pasa todavía.

El Programa Jóvenes y Memoria se creó para propiciar preguntas. No buscamos que las nuevas generaciones repitan el relato de los mayores, sino que puedan reelaborarlos, tamizándolos en la trama de su propia experiencia.

Nos interesa profundizar en una serie de reflexiones surgidas en el camino transitado junto a los docentes y alumnos que participaron en el programa durante estos diez años. ¿Qué novedades traen las nuevas generaciones en los modos de elaboración de las experiencias pasadas? ¿Qué nuevas dimensiones emergen? ¿Surgen otros relatos? ¿Surgen otros narradores?

De la observación de las investigaciones realizadas por los equipos de trabajo podemos advertir algunos rasgos distintivos:

- la habilitación y proliferación de nuevas voces que narran el pasado
- la ruptura del silencio
- la emergencia de la “zona gris”
- la reelaboración de la identidad social
- la conexión del pasado con distintas problemáticas actuales

Aquí nos proponemos indagar sobre algunos de estos ejes que nos permiten comprender de qué maneras estas nuevas generaciones elaboran el pasado.

La comunidad, el silencio y las nuevas generaciones

Cuando los jóvenes investigadores ingresan al territorio de la memoria el silencio emerge como uno de los primeros obstáculos. Cuando inician la exploración en el pasado, ante las

primeras preguntas dirigidas al mundo adulto, hacia aquellos que podrían tener algo para contar, algo que recordar; aparece el silencio. Muchos en la localidad rehúyen a la pregunta: ¿Qué ocurrió durante la dictadura? Dando vuelta la cara o parapetándose tras el mostrador de un negocio. Insistente, el silencio emerge clausurando la posibilidad de diálogo una y otra vez. Sostenido muchas veces por una gran parte de la comunidad sorprende a los jóvenes. Asociado al terror impuesto por la dictadura resulta incomprensible su persistencia en la memoria social del presente.

Tomamos el ejemplo de lo ocurrido en una investigación realizada en el año 2003 por un grupo de alumnos de una pequeña localidad cercana a la ciudad de Buenos Aires: Los Cardales, en el partido de Exaltación de la Cruz. Los jóvenes quisieron saber qué había ocurrido allí durante la dictadura militar. Empezaron a indagar y se encontraron con un relato sobre la dictadura: “Acá no pasó nada; en este pueblo la dictadura pasó de largo, esas cosas pasaban en Buenos Aires, en La Plata”.

Los chicos sostenían ante este relato que “En Los Cardales, la dictadura es como un agujero negro, no existió, no existe. En la escuela, pasamos del peronismo a la actualidad, y si le preguntás a la gente del pueblo, te dice siempre: “¿Acá? Acá no pasó nada”. (Alumno de EMN° 1 de Los Cardales).

Una tarde, los chicos armaron en la única plaza del pueblo “el stand de la memoria” y pusieron una urna con papelitos para que la gente que pasaba escribiera algo. Esta iniciativa al padre de uno de los chicos lo ayudó a hablar: él había visto escondido en una zanja, el secuestro de Norberto, un joven que en el año 76 tenía 16 años.

Logran, con dificultades, reconstruir parte de la historia de Norberto. Comienzan a tomar protagonismo de a poco en esta investigación los testimonios de la comunidad que permiten reconstruir la historia silenciada de Norberto: la vecina de los padres, la maestra de la escuela, el vecino, testigo del secuestro que vio como entraba el auto de los militares hasta la casa. Recobra presencia y materialidad aquello que había permanecido ignorado durante tantos años: el ingreso del grupo de tareas al pueblo, el secuestro de Norberto, el dolor de la madre que no perdió la esperanza y durante años esperó el regreso del hijo. Los testimonios emergen, pero quienes los dan, no quieren ser identificados. Les piden a los alumnos que en el audiovisual sus rostros no aparezcan. Finalmente se escuchan sus voces, pero su identidad permanece oculta tras una placa negra. El silencio ha sido conjurado a medias.

En el video que realizaron para transmitir su historia los jóvenes plantean lo siguiente:

“La verdad es algo que el hombre siempre ha buscado pero rara vez pudo encontrar.

Tratando de contar lo que ocurrió en Los Cardales durante la dictadura, lo que pasó alrededor de la desaparición de Norberto, algo se presentó, algo no previsto, el silencio.

Cuando el objetivo es encontrar la verdad, el engaño y la mentira no conducen a nada bueno pero mucho peor es el silencio. Porque el silencio nos pone al borde del abismo.”

La intervención de los jóvenes mueve, sacude, asombra, incomoda el *status quo* de una comunidad. Porque los silencios sostenidos no son todos iguales ni tienen la misma

explicación. Los jóvenes confrontan a cada entrevistado de la localidad con la memoria que han reconstruido o asumido sobre ese pasado.

Muchas veces lo que subyace detrás del silencio no es el miedo sino una lectura sobre el pasado que se encuentra en tensión con las memorias que hoy circulan y son aceptadas públicamente, básicamente de repudio al terrorismo de estado. Los jóvenes también se encuentran con esas miradas y en ese repertorio de sentidos que obtienen van construyendo el propio. Suelen producirse diálogos como el que sigue cuando los alumnos preguntan:

“¿Qué pasó en el ’76? Justito vas a poner el dedo en la llaga. ¿Quién es el profesor que les hace hacer esto?”

- Una profesora de historia

La profesora ¿cómo es el apellido? Debe ser zurda. Sabés lo que significa ser zurda, que es comunista, por la parte izquierda.”

Pero también es esa intervención la que activa la emergencia de relatos que permanecían silenciados o marginados, que tal vez no habían tenido nunca el momento propicio para ser dichos, ni tampoco ser escuchados.

Cuando el silencio logra ser atravesado, al menos en una primera instancia, surgen las voces, las historias, aquellas historias que sin dejar de haber estado presentes en la localidad durante estos años, nadie había vuelto sobre ellas. El sigilo atiza la curiosidad. Puestos al tanto de los ocultamientos que la dictadura ha impuesto, los jóvenes quieren conocer aquello que circula pero dicho a medias.

Las otras historias

En la localidad de Mercedes un grupo de alumnos quiso indagar sobre el rol de los medios de comunicación en su localidad durante la dictadura. Al inicio de la investigación encuentran una noticia que ha sido publicada en los diarios de la época sobre un acontecimiento ocurrido en un campo de las afueras de la ciudad.: “Fueron muertos cuatro delincuentes comunes que se enfrentaron a las fuerzas legales” (1978, diario El Oeste). Esa versión aparecida en los diarios, que es la versión de las fuerzas de seguridad, es la que quedó circulando en el pueblo. Pero los jóvenes profundizan la investigación y encuentran las respuestas de los vecinos del lugar:

“En la casa no había nada, no había nadie. Porque nosotros íbamos todos los días a buscar las vacas. Hicieron un tiroteo ahí. La cosa había salido en el diario de que decían que había un refugio de guerrilleros, de extremistas, pero no, si ahí nosotros estuvimos toda la vida ahí. Esa casa mejor que nosotros no la conoce nadie.”

Los vecinos que trabajaban en la zona y se encontraron con un inusual movimiento de las fuerzas de seguridad. Escucharon un intenso tiroteo pero sabían que en la tapera no vivía nadie. Y al día siguiente fueron a confirmar sus sospechas:

“Y habrá durado media hora... después que terminó, al otro día temprano nosotros fuimos no se encontró ni cápsulas, ni movimiento, ni rastros de nada dentro de la tapera. Lo que sí se vio, agujeros en la pared.” testimonia un vecino en el documental

Los alumnos de la escuela de Mercedes redescubren la historia del enfrentamiento fraguado. Uno de los tantos que montó la dictadura militar para convencer a la sociedad sobre la teoría de la guerra. Pero éste en particular ha ocurrido en su comunidad y más de treinta años después los jóvenes salen a indagar y reconstruyen junto a su comunidad los que allí ocurrió. No hubo cuatro delincuentes comunes abatidos. Las fuerzas de seguridad llevaron allí a cuatro detenidos – desaparecidos para montar la escena del enfrentamiento.

Los jóvenes hacia el final del video cuentan lo que han confirmado con su investigación: “En el marco del terrorismo de estado aplicado por la última dictadura militar, el 12 de julio de 1978, Héctor Arroyo (21 años), Miguel Ángel Riveros (22 años), Héctor Blanco (23 años) y Roberto Mauvecín (23 años) fueron asesinados por un comando dirigido por el entonces jefe del Regimiento de Infantería de Mercedes, Justo Jacobo Rojas Alcorta.”

Durante el proceso de investigación los jóvenes asumen una postura. Cuentan la historia que su comunidad no se animó a contar. Su intención no es solo llegar a la verdad, sino posicionarse frente a su ausencia. Buscan demandar a los adultos por los silencios, por la indiferencia que sustentaron durante muchos años frente a la falta de respuestas. Al final del video de “La tapera de Perel” los jóvenes caminan por una de las calles de la zona rural de su ciudad. Aparece una placa que nos dice:

“La parodia del enfrentamiento 30 años después queda desbaratada. Sin embargo... Estos crímenes, como tantos otros, permanecen impunes. Reclamamos juicio y castigo.”

El relato que nos ofrecen los jóvenes es muy claro en su intencionalidad y sus conclusiones son una acción hacia el futuro: juicio y castigo. La memoria está ineludiblemente vinculada al presente y las nuevas generaciones se ubican en el lugar de la participación activa en las disputas que provoca.

Nadie somos nosotros. Los jóvenes, la memoria y el presente.

“Recuperar la historia de los barrios populares y difundirla, es a la vez un desafío y un orgullo. Nuestro Barrio ni siquiera aparece en el mapa. Por eso nos parece muy importante mostrar su existencia y su historia”. (Alumno del Barrio San Pablo, Talar).

En estos diez años de Programa Jóvenes y Memoria muchos proyectos han trabajado con las historias de los barrios a los que pertenecen los jóvenes.⁸ En general barrios habitados

⁸ Algunos de los barrios sobre los que han trabajado las diferentes escuelas : 20 de Junio, San Pablo, Villa Constitución, Villa Pulmón, Puerta de Hierro, Villa Fiorito, 17 de Agosto, Villa Cildañez, Nicole, Sakura, Villa Cri Cri, 17 de Noviembre, Villa 14, San José Obrero, Marín, Manuelita, Carlos Gardel, Monte Rincón, Luján, Philips, Los Pozos, La Aceitera ,Gorina, Jorge Newbery, Villa Udaondo, Quemés, La Escalada, Villa Jardín, Villa 21

por los sectores populares, con un origen reciente o más antiguo, pertenecientes a los grandes centros del conurbano bonaerense o incluso a la periferia de las ciudades del interior bonaerense, fruto del crecimiento urbano y las transformaciones de su trazado. Las historias de estos barrios se encuentran atravesadas por el estigma sobre quienes los habitan, por el olvido o la negación de su existencia y muchas veces la ausencia de políticas públicas.

El aumento de la pobreza y la construcción de una mirada negativa hacia los sectores más vulnerables de la sociedad provocaron una mayor fragmentación que incidió no sólo en la vida cotidiana sino también en las costumbres, en el consumo. Las identidades que en otros tiempos eran más definidas, para las que el barrio era el lugar donde se tenía la experiencia directa de crecer, relacionarse con los pares, construir lazos con los vecinos, en el presente parece desdibujarse.

Esos cambios comenzaron a producirse con las políticas neoliberales que profundizaron el individualismo y la desarticulación de las redes institucionales.

Las representaciones mediáticas o las miradas de los adultos definen a la juventud argentina como sinónimo de peligro. Hablan de delincuencia, desorden y ausencia de perspectivas de futuro. La esquina del barrio ya no es pensada como el punto de encuentro entre los amigos sino de los vagos y delincuentes. Los que no trabajan ni estudian, que toman alcohol y drogas. Las puertas de las casas se cierran, la vida privada resulta ser más hermética y las plazas se transitan con desconfianza.

Sin embargo, son esas nuevas generaciones que, renegando de esas miradas, logran resignificar el espacio. Los jóvenes que integran los equipos de investigación del Programa Jóvenes y Memoria deciden asumir la tarea de mirarse a ellos mismos y los barrios donde viven. Emprenden la tarea difícil de luchar contra el prejuicio y la indiferencia. Encuentran modos de tender puentes entre el pasado y el presente que los ayudan a comprender muchas cosas de su vida cotidiana. En general empiezan preguntando a la familia. El primer entrevistado en El Talar (Tigre) fue “el abuelo de un compañero que habló sobre el tema, el trabajo que había antes, lo que hay ahora, cómo se diferencian.” Nos cuenta uno de los jóvenes investigadores. De a poco las historias van surgiendo: cómo se formó el barrio, cómo era antes; aparecen historias de lucha, de resistencia y de organización que se fueron perdiendo en la transmisión de una generación a la siguiente. Esas historias se han omitido en el devenir de la vida cotidiana del barrio y los jóvenes ahora las desempolvan, las escrutan, porque necesitan saber de donde vienen para entender lo que son.

El nombre del barrio 20 de junio adquiere una novedosa significación. Se llama así porque es la fecha en que el complejo habitacional que aun no había sido entregado, fue tomado por los vecinos, acompañados por organizaciones como ERP y Montoneros. Alguien encontró las llaves y a todos les pareció que ya era tiempo de que las puertas se abrieran. “No es lo correcto, sí era necesario” dice uno de los vecinos en el video. La lucha por una vivienda digna aparece en el centro del origen del barrio. Y el año de la toma es 1973, el mismo día del retorno de Perón, de la masacre de Ezeiza. Aparecen nuevas conexiones entre la historia particular, la historia local y la gran historia. Se comprenden muchas cosas y el lugar de los alumnos preguntando a sus mayores, a sus vecinos, adquiere una significación identitaria muy fuerte, reconectando generaciones en una misma historia.

En estos trabajos de las memorias barriales los relatos que reconstruyen los jóvenes otorgan nuevos sentidos a la identidad barrial, que no sólo se define por los límites geográficos, sino por las costumbres, instituciones, tradiciones y las similitudes y diferencias con otros barrios. Es en el intercambio generacional donde se construye una memoria común.

En el video “El gato” que trabaja con el presente del barrio de Ringuelet un vecino invita a un paseo en bote entre basura acumulada; otro convida mates en su casa mientras cuenta cómo es vivir en un barrio en donde se mezclan la contaminación, la pobreza y la falta de oportunidades y de respuestas.

“Ya van a venir tiempos mejores, mi general” le dice al busto de Perón que guarda en un estante uno de los vecinos del barrio 20 de junio, mientras le saca el polvo con un trapo. Las voces de los que allí viven son una referencia necesaria para la constitución identitaria. No sólo sostienen un pasado, sino también enfrentan al presente y vislumbran el futuro.

Torcer el destino de un mazo trampeado.

“Nosotros no queremos vivir de la historia y de cuentos del pasado, no queremos eso para nuestra comunidad. Casi sin quererlo fuimos aceptando en esta partida, fuimos aceptando las cartas que nos tocaban, las que nos quisieron dar. Pero hoy encontramos un espacio que nos da la voz, y a ese mazo trampeado queremos torcerle el destino.” (Alumnos de Escalada, Zárate, 2009)

“La discriminación se siente en todos lados. Nombrás San Pablo y ya te miran con cara de “no nos acerquemos a ellos porque son de San Pablo” pero nadie nos conoce...
...cuando nos agarra la policía, si somos de ahí, de la villa San Pablo, ya te miran con una cara de “este de la villa va a robar, se droga”. Barrio San Pablo (Talar, Tigre, 2009).

Sin lugar a dudas hay un diálogo permanente entre la mirada que los otros tienen sobre nosotros y la propia. En ese diálogo conviven, se reafirman o se desactualizan los aspectos negativos que los otros depositan sobre nosotros. Algunos autores sostienen que el accionar discriminatorio es constituyente de las identidades modernas y desde allí es que hay un modo hegemónico de identidad desde donde se juzga y mide a todos los otros. En casi todos los ámbitos en que los jóvenes de estos barrios se desempeñan encuentran que esa es la manera de pensarlos y desde esa mirada se los evalúa. Un grupo de alumnos de la escuela N° 38 de Abasto se propuso indagar acerca de la discriminación. Decidieron trabajar ese tema porque sufren cotidianamente esas prácticas. Abasto es una zona periférica de la ciudad de La Plata, donde gran parte de sus pobladores trabajan en las quintas de la zona. Hay una gran afluencia de extranjeros que, atraídos por las posibilidades de trabajo se instalan en la región con sus familias. A la escuela de Abasto asisten los hijos de estos migrantes, que sobre todo provienen de Bolivia. Varios de estos chicos forman parte del equipo de investigación.

¿Porque somos discriminados? Se preguntan los jóvenes y en la búsqueda para responder a esa pregunta se encuentran con otra: ¿Quiénes somos? Se habilita una búsqueda identitaria que los lleva a preguntarse por sus orígenes.

La situación se repite en muchos barrios, muchas escuelas, con muchos alumnos. En el caso de Abasto por la nacionalidad de sus padres, en otro barrio porque no entra el micro, y en casi todos se los estigmatiza como “pibes chorros” por el hecho de vivir allí. Los trabajos de reconstitución de dialogo intergeneracional en la familia, en el barrio, en la escuela son el camino que los jóvenes encuentran para desandar la pesada carga del prejuicio.

El pasado por los jóvenes

En primer lugar podemos decir que los procesos de transmisión intergeneracional no están ausentes de conflictos. La comunidad se tensiona cuando los jóvenes abordan la recuperación del pasado y señalan que algo se ha cortado, que no han recibido “la posta”. El primer conflicto que aparece entonces es la ausencia de esa transmisión, la existencia de un hiato que interrumpe la transmisión y pone en riesgo el continuum identitario. Los trabajos de memoria deben asumirse entonces como un esfuerzo conciente por recuperar aquello que se diluye. En este sentido la transmisión funciona como anamnesis.

Los nuevos entonces les preguntan a los viejos generando incomodidad. La exigencia de respuestas los revela frente a los jóvenes y a sus ojos tal cual son y han sido: con sus miedos, sus rumores, sus complicidades. La exigencia de respuestas pone también sobre la mesa las tensiones que el pasado sigue generando en el presente y las pone a la vista de todos los integrantes de la comunidad.

Podemos decir entonces que los investigadores de Jóvenes y Memoria rescatan del riesgo del olvido la historia de sus mayores. La interrogación permite acercarse a lo que pasó, saber como y porque pasó pero sobre todo le permite a los jóvenes apropiarse del pasado y resignificarlo.

He aquí otro punto de conflicto con la perspectiva adulta: los jóvenes no se remiten a repetir un relato dado. Ponen en diálogo con su propio presente los relatos recibidos y desde allí los resignifican. Muchas veces los nuevos relatos entran en conflicto con la manera de narrar que las viejas generaciones hubiesen elegido. Los jóvenes recuperan lo perdido y lo hacen propio.

Ligado con fuerza a los trabajos de memoria, o más bien como parte de ella, se encuentran los trabajos de recuperación identitaria que se despliegan en el territorio de la subjetividad. La pregunta acerca de quienes somos lleva a preguntarse quienes fuimos. Y en este juego en que se abren múltiples preguntas aparece con fuerza la noción de un otro que nos define.

La memoria construida a nivel local, a nivel micro, permite inscribir lo propio en la gran historia. Si en ese proceso los jóvenes logran involucrar a la comunidad, aun con tensiones, la construcción de un nosotros será enriquecedor para los que allí participen. Pensar a la comunidad les permite repensarse a ellos mismos y ubicarse en un lugar que los defina.

La eficacia del diálogo intergeneracional se observa en la reafirmación y resignificación de los territorios próximos y cercanos, de la reapropiación de un nosotros que permite ir de atrás hacia delante y volver para atrás a pensarnos nuevamente.

Los puentes del pasado con el presente son múltiples y cada generación construye los suyos, pero estamos convencidos que algunos de estos puentes pueden observarse en el espacio que los alumnos construyen en el seno del Programa Jóvenes y Memoria.

Bibliografía

Yerushalmi Yosef Hayan (1998) “Reflexiones sobre el olvido” Yerushalmi, Y.; Loraux, N.; Mommsen, H.; Milner, J. C. y Vattimo, G. *Usos del Olvido*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Anderson Benedict (1993) *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Hobsbwan Eric (2002) *La invención de la tradición*. Barcelona. Editorial Crítica.

Feierstein, Daniel. (2006) *Discriminación en la Argentina: diagnóstico y propuestas*. Buenos Aires. Eudeba.